

**REVELACION Y SIGNIFICADO  
DEL NOMBRE DE YAHVE:  
LA IMAGEN AUTENTICA DEL DIOS DE ISRAEL**

**José Ramón Scheifler**

**Imágenes diversas del Dios bíblico**

El pueblo de Israel vive la fe en un Dios que se revela, en primer lugar, en la acción, obrando, pero además con palabras humanas, diciéndonos en nuestro lenguaje lo que puede sernos inteligible acerca de su ser. Esto último es lo que se nos narra en el Antiguo Testamento como revelación del nombre de Dios, de Yahvé. A este Dios así conocido es al que Israel, aquel grupo de tribus, dice que SI en tiempos remotos y en torno a cuya fe se constituye y vive como Pueblo de Dios.

Todos tenemos, tal vez, la experiencia de que una lectura sosegada de ambos Testamentos nos deja la impresión de que las concepciones sobre Dios que nos presentan no son siempre homogéneas; las hay distintas y, en ocasiones, algunas nos resultan casi contradictorias. Se habla incluso del "Dios del Antiguo Testamento", al que se representa no pocas veces, en virtud de pasajes e interpretaciones unilaterales, como un Dios justiciero, airado, implacable; un Dios ante quien la actitud fundamental del hombre es el temor. La "Ley del temor" designa en ciertos medios al A.T. A ella se contrapone el N.T. como la "Ley del amor", la que corresponde al Dios revelado en Jesucristo a través de su acción, mandatos y parábolas, manifestaciones todas de su misericordia, perdón y amor.

La verdad es que, si existe un único Dios, aunque misterioso, no puede manifestárenos con actitudes tan opuestas

y contradictorias para nosotros, ni su acción en la historia puede ser tan distinta como darían a entender diversos pasajes bíblicos. ¿Será que Dios se ha manifestado con obras y palabras tan diversas porque diversas eran las épocas históricas y distintos los hombres que la vivieron? ¿Eran, pues, aquellas manifestaciones válidas sólo para aquellas épocas lejanas y, consecuentemente, inválidas e inadecuadas para nosotros? ¿Cuál sería entonces el sentido de "revelación" de aquellos pasajes veterotestamentarios que hoy consideraríamos trasnochados?

Parece claro que los hombres del A.T. se imaginaron y concibieron a veces a Dios a su propia imagen y semejanza. Es una tendencia natural de todas las épocas y grupos humanos. Actitudes, sentimientos y deseos israelitas de triunfo sobre sus enemigos, de venganza, de aniquilación, corrían el peligro de ser proyectados sobre Dios, salvador del pueblo, incluso de ser atribuidos a El, puestos en su boca y tenidos por su ley. Tal Dios resultaría, en ocasiones, más bien un ídolo semejante al de otros pueblos. Junto a estas imágenes de Dios, otras concepciones, dentro siempre de la limitación de nuestro lenguaje humano referido a Dios, permanecen válidas y se acreditan como "revelación" o manifestación de Dios. ¿Cómo distinguirlas y qué garantía tenemos de la autenticidad de unas frente a otras? Es el N.T. el que da clave cristiana de interpretación del A.T. En Jesús, en el misterio de su vida, muerte y resurrección, se nos ha revelado la Palabra definitiva de Dios, del Padre. A la luz de esta Palabra, voy a examinar en esta charla dos pasajes fundamentales del A.T. De hecho, son los únicos en los que se representa a Dios declarándose a sí mismo en un género muy oriental como es la revelación de su "nombre", en concreto el nombre de Yahvé o, en transcripción más exacta, Yahweh.

### **El "Nombre": importancia y significado**

Frente al nombre semita *común* de Dios, 'El (que entra en tantos nombres: Isra'el /el que lucha con Dios/, Isma'el /Dios escucha/, o el hebreo 'Elohîm, propiamente /Dios es/) el *nombre propio* del Dios de Israel eran las cuatro consonantes YHWH, que, correctamente transcritas y vocalizadas, dan el hebreo

Yahweh. Para un israelita de los tiempos bíblicos (o un ortodoxo actual) este nombre propio de Dios era inefable, no se podía pronunciar. Para evitar pronunciarlo en vano y manifestar la trascendencia de Dios, el israelita no lo tomaba en los labios, sustituyéndolo, en el uso sagrado, por el de 'Adonay (Señor) y, en el ordinario, simplemente por el NOMBRE: nuestra exclamación "¡Bendito sea Dios!" era y es "*Baruch ha shem*" (¡Bendito el Nombre!).

Existe toda una filosofía o mentalidad en torno al "nombre" en los pueblos del Antiguo Oriente Medio, compartida por Israel, mentalidad muy distinta de la occidental moderna. En ésta, el nombre tanto de las cosas como de las personas es convencional. Las razones por las que me llamo Ernesto o Margarita -en recuerdo de un antepasado o por la simple belleza del nombre- tienen poco o nada que ver con mi persona. En Israel, sobre todo a los comienzos y en el fondo de su idiosincrasia lingüística y antropológica, se creía descubrir una relación intrínseca entre la persona o cosa y el nombre que los designaba, como si no se les pudiese llamar de otra manera, como si tal persona o casa se identificara con su nombre y éste las definiera o expresara en su totalidad, o como si el ser de la persona o cosa se hubiera vaciado en ese molde de la palabra, en su nombre.

Según esta concepción, hace falta conocer hasta el fondo al ser o a la persona para ponerle su nombre adecuado, porque *el nombre es el ser*, es la propia persona o cosa. Cuando una persona tiene el privilegio de conocer los nombres ocultos de las cosas (de las fuerzas), al pronunciarlos los arranca de su existencia misteriosa y las trae a la realidad (magia). En el caso de Dios, con el privilegio de su poder, pronunciar el nombre de las cosas es crearlas: "Y dijo Dios: sea la luz, y fue hecha la luz". Opuestamente, pues, al convencionalismo de nuestros nombres personales, señalar de antemano el nombre de alguien es designar su característica, su ser y misión; cambiar el nombre de alguien es dar a conocer que su vida ha mudado de sentido: "Y le pondrás por nombre Emmanuel", que quiere decir "Dios /está/ con nosotros", porque ese Dios es un Dios con nosotros. "y le pondrás por nombre Yeshûah' (Jesús), que quiere decir "salvación de Yahvé", porque er él es Yahvé el que salva a su pueblo de sus pecados. "Er adelante no te llamarás Jacob, sino Israel, porque 'has sido

fuerte' o 'luchado contra Dios'" (que es la visión profética de Israel, pueblo en continua lucha con su Dios).

En ésta, para nosotros extraña, concepción que identifica el nombre con el ser de la persona, radica la importancia singular del episodio en el que por única vez en el A.T., aunque probablemente en dos tradiciones distintas, Dios aparece revelando o dando a conocer su nombre. *Dar a conocer su nombre es dar a conocer su ser*, quién es El, el Dios de Israel, el único Dios.

Por otra parte, dentro también de la mentalidad expresada, el pueblo hebreo tiene una idea profundamente dinámica de la existencia personal. No sólo no distingue entre ser y estar ("qué simpático ha estado hoy" o "qué simpático es"), sino que el mero estar, como mano sobre mano, es algo que no interesa, no cuenta. La omnipresencia de su Dios, sin que este Dios actúe conforme a lo que es, no interesaría, ni siquiera se comprendería. El Dios bíblico es un Dios activo desde la primera línea: "Al principio *creó* Dios el cielo y la tierra".

Consecuentemente pronunciar el nombre de una persona no es sólo definir o expresar su modo de ser; es *poner en movimiento aquellas características que le definen*. Por ello el conocimiento del nombre de la persona o cosa (más todavía si se trata de las fuerzas y poderes ocultos) supone un poder sobre tal persona o fuerza, porque las pone a disposición de quien conoce su nombre y lo pronuncia. La narración de Génesis 2, según la cual Dios hace pasar ante Adam a todos los animales para que *les impusiera su nombre*, es equivalente a la de Génesis 1, en la que Dios *da a Adam dominio* sobre todos los demás seres terrestres. Invocar el nombre de un ser dinámico es obligarle de alguna manera a actuar conforme a las peculiaridades de su ser; es una especie de manipulación de la persona que lleva ese nombre.

Esta concepción oriental, latente en la magia (privilegio de los conocedores de los nombres ocultos de las fuerzas naturales), es especialmente importante con referencia a sus divinidades. Cualquier dios que desee ser implorado debe dar a conocer su nombre, la característica de su ser. Pero este hecho implica *quedar, de alguna manera, a disposición del*

*invocante*. Por eso se da en estos dioses una espontánea y contradictoria necesidad, por una parte, de dar a conocer sus nombres (y cuantos más nombres posea un dios, mayor es su riqueza personal) y, por otra, de ocultarlos. Cuando Jacob lucha con Dios y éste le cambia el nombre de Jacob por el de Israel, Jacob pregunta a Dios: "Y ¿cuál es tu nombre? -Mi nombre no te lo puedo decir, responde Dios, porque es misterioso".

### **Yahvé ante unas tribus esclavas**

Pues bien, este nombre misterioso, mantenido en secreto, se va a dar a conocer a Moisés en un pasaje singularísimo. Moisés es en la tradición israelita el interlocutor privilegiado de Dios, a quien éste manifiesta su voluntad. El pasaje recoge (Ex 3,1-15) la tradición de lo que fue aquel comienzo de la conciencia de Israel sobre su historia salvífica: la salida de Egipto. Dios se da a conocer, en primer lugar, actuando como el Dios que libera de la esclavitud. No es casualidad que esta manifestación activa del Dios de Israel se complete con la de su nombre.

Cuando Moisés recibe en su encuentro íntimo con la divinidad aquella misión y mandato: "saca a mi pueblo de Egipto", sabe que los hebreos le preguntarán de qué divinidad se trata. -"Y, cuando el pueblo me pregunte ¿qué Dios es el que se te ha aparecido?, ¿cuál es su nombre?, ¿qué le responderé?". Al explicitar que se trata de un nombre desconocido, nuevo, está indicando Moisés que es un Dios hasta ahora ignorado, como su nombre. Yace en el fondo de la narración el paso de una fe a otra, de una fe en los dioses egipcios o en los de los antepasados ("El-Shadday": el dios de la montaña, cf. Ex 6), a la fe en el Dios propio de Israel, el que le saca de Egipto. El paso no se efectuará de un día para otro ni con una radicalidad total (Josué 24 recordará cómo este líder, continuador de Moisés tras la conquista de la tierra, exigirá a los israelitas una decisión terminante: "¿queréis seguir a los dioses de los egipcios o a los que adoraron vuestros padres al otro lado del río, o queréis servir a Yahvé, el Dios que nos sacó de Egipto?"); pero, según la tradición del Exodo, el cambio comienza aquí y se inicia con la manifestación del nombre del Dios de Israel.

Ante este Dios que se presenta a unas tribus esclavas diciendo: "romped las cadenas de la esclavitud, salid de Egipto; yo os lo mando, confiad en mí", la pregunta de los israelitas, "¿cuál es su nombre?", implica dos cosas. La primera es: "Y ¿qué garantía tenemos de que ese Dios merece credibilidad, de que es capaz de ayudarnos en una empresa tan ardua que, si fracasamos en ella, nos puede llevar a todos a la muerte? ¿Quién es ese Dios que nos pide fiarnos de El?". La segunda se puede plantear así: "Supuesto que vamos a confiar en El, ¿cómo le vamos a llamar y a implorar para conseguir su apoyo?".

A esta doble problemática responde el Autor con las palabras claves de esta primera parte de nuestro estudio: "Y dijo Dios a Moisés: Mi nombre es Yahweh; es decir: *'anî 'ehyeh 'aser 'ehyeh*" (que suele traducirse: "Yo soy el que soy"). Este es el momento solemnísimos en el que se hace hablar a Dios, expresando con fórmula humana su Nombre santo, trascendente: lo que El es o cómo quiere ser conocido e invocado por su pueblo.

De hecho, para cuando esta tradición se pone por escrito han pasado 500 ó 600 años de la experiencia que trasmite. En todo este tiempo, el pueblo israelita ha vivido en contacto con ese Dios al que ha invocado y cree haber conocido sobre todo en la vida. La tradición originaria ha quedado enriquecida, mientras tanto, con todo aquello que su vida religiosa les ha enseñado sobre su Dios. Es verdad que han tenido experiencias muy diversas de su Dios, misterioso y trascendente, único y totalmente "otro"; pero, de todas ellas, una parece haberse impuesto a la hora de plasmar por escrito la antigua tradición: la que el mismo nombre sugiere apoyándose en reflexiones filológico-teológicas que esclarecen un nombre que refleja o una forma hebrea, arcaica para entonces, o un origen extranjero, de un pueblo o tribu emparentado con Israel.

Forma arcaica para el hebreo bíblico o de origen extranjero (¿madianita?), el nombre del Dios de Israel es desde muy antiguo Yahweh, cuya explicación es la paráfrasis hebrea indicada: *'anî 'ehyeh 'aser 'ehyeh*. Se trata de una expresión singular en la que, tras el pronombre personal "Yo" (*'anî*), se repi-

te la forma verbal 'ehyeh, separada por un indeclinable, 'aser, relativo-conjuntivo adverbial. La significación correcta de la expresión depende, pues, de la forma verbal y de su curiosa repetición tras el invariable 'aser.

El verbo HYH (del que 'ehyeh sería 1ª persona del singular) habría de traducirlo como *"estar para, junto a, a favor de..."* (en latín "ad-sistere": asistir, ayudar); es decir, un ser, o estar, dinámico y benévolo para ayudar, apoyar, etc. Tal es el significado del verbo cuya raíz (HYH) está implícita, para el Autor, en el nombre Yahweh. Ahora bien, la forma 'ehyeh (imperfecto) expresa una acción incompleta, es decir, comenzada, realizándose en el presente y que, sobre todo, se consumará en el futuro. En nuestro caso, ese ser benévolo o presencia benéfica de Dios viene de antiguo, es actual y llegará a su plenitud en el futuro. Algo así como *"Yo estaba, estoy, pero sobre todo estaré a vuestro lado, en vuestro favor"*.

Esta significación se confirma en el contexto. Cuando Moisés objeta a Yahvé: "Pero ¿cómo voy a presentarme ante el Faraón si no sé hablar?", Yahvé le responde usando la misma expresión e idea de su nombre: *"Yo estaré contigo"* (en tu ayuda), "pondré mis palabras en tu boca de modo que no tengas más que repetírselas al Faraón". De modo semejante, cuando Yahvé propone a Jeremías clamar contra los reyes de Israel, sus sacerdotes y profetas, etc., Jeremías se acobarda: 'pero ¿cómo?, si todavía soy un joven imberbe, ¿si no sé hablar!'. Yahvé le da la misma confianza que a Moisés: "No digas eso, porque *Yo estaré contigo para salvarte* y te pondré como una plaza fuerte, una columna de hierro y una muralla de bronce. Todos arremeterán contra ti, pero no podrán contigo, pues *contigo estaré Yo para salvarte*". Y cuando María oye: "Dios te salve, María, *el Señor está contigo...*", María comprende que Yahvé, su Dios, le habla y le promete lo que su mismo nombre indica, su presencia salvadora.

Nos queda por examinar la repetición del verbo separado por el invariable 'aser ('anî 'ehyeh 'aser 'ehyeh). Esta expresión diomática encierra en hebreo dos matices algo opuestos: por una parte, un énfasis, un reforzamiento de lo que se afirma en el verbo, una seguridad absoluta en ello. El significado de la expresión sería: *"Yo estaba, estoy y sobre todo estaré absolutamente, con toda seguridad, sin duda alguna..."*. Pero a

la vez y como contrariamente, la fórmula implica una evasiva, un no querer decirlo todo, un reservarse las manos libres. Se trata de un compromiso firmísimo, pero con un amplio margen de libertad. La paráfrasis de la fórmula total traducida podría ser ésta: *"Yo estaba, estoy y estaré contigo absolutamente, a tu favor, con toda seguridad, pero libremente, sin condiciones por tu parte; es decir, cuando y como Yo quiera"*.

Este es el Dios nuevo, distinto, "totalmente otro", Yahweh, quien, en su nombre, invita a los israelita a acometer la empresa más difícil de su historia. Ningún otro dios hubiera sido capaz de proponerles y exigirles semejante cosa; el Dios verdadero sí. Y la única garantía que les da de que saldrán con éxito es su NOMBRE: *Yahwen*; como si dijera: "Yo soy así; eso os debe bastar". En verdad es un Dios desconcertante que está y estará con su pueblo, que apuesta y apostará por él, que se compromete y comprometerá absolutamente con la suerte de unas tribus esclavas, y esto únicamente por ser Dios, porque ser Dios es ser así. En manera alguna porque los hebreos lo merezcan o sean mejores que otros pueblos, ni porque a fuerza de sacrificios conquisten el favor de Dios. Se trata de un Dios que está de parte de los esclavos, porque su ser mismo es incompatible con la esclavitud; quiere y exige la libertad, porque ésta es también una exigencia de su ser. Por eso mismo la reclama también de su pueblo: *Yahvé no es un Dios que se deja manejar*. Por más que asegura al pueblo que permanecerá a su lado, se reserva siempre la libertad de hacerlo "a su manera"; no como los israelitas -como los hombres en general- imaginan que Dios *tiene que estar con ellos y qué es actuar a su favor*.

Dios está con Israel, está y estará con nosotros, no con el tipo de seguridades y manifestaciones que los israelitas esperan de un Dios todopoderoso: alejándoles de toda tribulación, cubriendo directamente todas sus necesidades, aun las materiales, etc. La Biblia nos lo muestra inmediatamente. Apenas las tribus hebreas han creído en su Dios y con la fuerza de aquella fe han emprendido y logrado la primera etapa de la libertad, sacudiendo las cadenas materiales de la esclavitud, se encuentran de manos a boca con la inmensidad árida del desierto: el hambre se retuerce por las tiendas y la sed atenaza las gargantas. Con el hambre y la sed surge la duda: "¿De



verdad está Dios con nosotros? /¿De verdad es Yahvé nuestro Dios?/. Porque, si el Dios todopoderoso está con nosotros, ¿cómo es posible que pasemos hambre y sed?". Es la duda original, la que acecha siempre a los creyentes: "Si Dios está conmigo, ¿cómo me suceden estas cosas? Cumpló su ley y soy justo: ¿cómo no consigo de Dios lo que tanto necesito, aun espiritualmente, y que otros peores que yo consiguen?". El pueblo judío llevó esta misma duda hasta la cruz de Jesús: "Si eres Hijo de Dios, si Dios está contigo, como dices, lo obvio es que te desclave de la cruz, que te descuelgue de ella. Entonces creemos en ti y en tu Dios, en que de verdad Dios está contigo...". Jesús mismo, en una especie de queja inicial, con un razonamiento humano, recogido también por el salmista, hubiera exclamado, según los dos primeros evangelistas: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?", como diciendo "¿Estas conmigo y me dejas en la cruz?".

Quien haya entendido el nombre de Yahvé creará que, al pronunciar su nombre, puede y debe tener la seguridad de que Dios está y estará con él, pero no por lo que él haya hecho, sino porque Dios es así. El nombre de Yahvé, su paráfrasis explicativa, es la negación absoluta del fariseísmo, de toda actitud que cree poder *obligar* a Dios a estar con él o estar de *tal manera* por los méritos de sus propias obras. Jesús se pone en manos de Dios, que está y estará con él; pero se pone en sus manos sin condiciones: "cómo Tú quieras". No se queja: "¿estás conmigo y me dejas, sin embargo, en la cruz?", sino que confiesa: "*sé que estás conmigo en la cruz*". Dios está y estará con nosotros absolutamente, aunque no esté como quisiéramos que lo hiciera y como pensamos que estaríamos nosotros si fuéramos Dios. Estará, aunque parezca no estar, porque es un Dios capaz de estar en la cruz.

### **Yahvé ante un pueblo infiel y pecador**

La segunda tradición (quizá sólo variante de la primera) se encuentra en otro contexto histórico-literario (Ex 33,12-34,9). En ese peregrinar por el desierto que implica toda fe, después de la exaltación del pacto con el Dios que les sacó de Egipto, Yahvé, muy reciente todavía el compromiso voluntario de no tener otro Dios distinto de Yahvé y de no hacer imágenes ni siquiera de El, Moisés, que ha subido al

monte santo, tarda más de la cuenta en bajar de él. El pueblo piensa que con Moisés ha desaparecido todo aquello que había creído por su medio. Pide a Aarón: "Hāznos un dios que nos conduzca por el desierto sin peligro de perdernos". Fabrican el becerro de oro, imagen de dios. Han roto el pacto y renegado de Yahvé. Aparece Moisés. Ante la traición idólatra del pueblo, Moisés rompe el documento de la Alianza, las tablas de la Ley. El pueblo se arrepiente; pero, ante aquella nueva situación, ignora la reacción que va a tener Yahvé, el Dios traicionado. Moisés apela ante Dios en favor de su pueblo. Yahvé se aviene: -"Adelante. Yo estaré con vosotros". -"Dame entonces una señal clara, sensible, de que estás y estarás con nosotros: déjame ver tu gloria, tu rostro, para que sepa humanamente que de verdad estás con nosotros". -"No, no puedes ver el rostro de Dios, replica Yahvé, porque el hombre no puede ver a Dios y seguir viviendo. Pero, mira, te daré garantía: mi NOMBRE, Yahweh, es decir: 'anî hannôti et -'aser 'ahon we rihamtti et- 'aser 'arahem". (la traducción ordinaria dice: "hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia de quien tengo misericordia"). En realidad se trata de otra paráfrasis del nombre de Yahvé, en forma reduplicada y utilizando dos verbos distintos del HYH de la primera explicación, pero conservando la misma forma idiomática.

Los verbos en cuestión son *hannan* y *rihem*. La traducción de estos verbos al castellano, y por tanto de la expresión, no es fácil. *Hannan* es originalmente el acto o gesto con que la madre se inclina para recoger al niño y subirlo hasta su pecho. De ahí, y como contrariamente sucede en nuestra mentalidad occidental, en la que aspiramos a ideas claras y precisas y a que cada concepto se distinga de los demás, el verbo *hannan* recoge todo ese mundo afectivo y conjunto de estados de la madre respecto a su niño. Se puede traducir de mil maneras sin que una traducción excluya la otra, sino al revés: tener afecto, cariño a alguien, ser benévolo, compasivo con alguien, etc. El verbo *rihem* (*rehem* es el seno materno) significa, dentro del mismo ambiente afectivo materno, el cúmulo de sentimientos de la madre cuando siente al niño en su vientre; de ahí: sentir algo entrañablemente, conmovérsele a uno las entrañas, compadecerse, etc.

En este contexto histórico-literario del pueblo pecador, Dios define o declara su nombre con estos dos verbos entraña-

bles (no ligados filológicamente con Yahweh), como diciendo: "la garantía de que voy a estar con vosotros es que Yo soy así: *'Yo tuve, tengo afecto, ternura, compasión hacia vosotros y los tendré con toda seguridad, pero también con entera libertad. Soy y seré clemente, tierno, benévolo, compasivo, etc., Estad seguros de ello, pero os lo mostraré a mi manera, como yo quiera, sin que podáis manipularme ni obligarme a serlo como vosotros pensáis*".

La narración continúa. Yahvé cumple lo dicho a Moisés y pasa ante él pronunciando su propio nombre: "Yahweh, Yahweh", es decir, "Dios *rahûm* we *hannûn*, tardo a la cólera y rico en *hêsêd* we *'emêt*, que mantiene su *hêsêd* por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado...".

He dejado sin traducir las palabras claves. Dos de ellas ya las conocemos: *rahûm* y *hannûn* son dos participios adjetivados de los verbos examinados antes, que se podrían traducir como "clemente, benévolo, maternalmente bondadoso, tierno, misericordioso, etc., etc. Hay que notar que estos adjetivos, en el uso bíblico, se aplican exclusivamente a Yahvé; como cuando Jesús replica al joven: "¿Por qué me dices bueno? Sólo Dios es bueno". Aquí sólo Dios, Yahvé, es *rahûm* we *hannûn*, maternalmente bondadoso, etc.

Prosigue la definición: "lento a la cólera, rico en *hêsêd* we *'emêt*. Estas dos palabras son las características de Yahvé, las que le definen en al A.T.: Yahvé es "*hêsêd* we *'emet*". Entramos otra vez en la difícil traducción de términos hebreos muy complejos. *Hêsêd* implica todo el mundo afectivo positivo humano, todo lo que en castellano expresamos o comprendemos con los lazos afectivos más íntimos: amor, bondad, ternura, cariño, etc., con el matiz de lo gratuito, generoso, libre, etc. Juan lo traduce en su evangelio por *agapé* (caridad), pero el *hêsêd* hebreo es mucho más rico y complejo que el *agapé* griego o el castellano "caridad" o "amor". *'Emêt* (relacionado con nuestro "Amén") significa originalmente firmeza; de ahí, fidelidad, constancia, seguridad, verdad, certeza, con el matiz de algo intuitivo, instintivo y consciente, pero infalible. Yahvé "*rico en hêsêd* we *'emet*" habría que traducir como: *Dios absoluta e infaliblemente fiel, firme en su amor, bondad, ternura, como don gratuito suyo*". Y esta manifestación del nombre de Yahvé, mucho más afectiva y tierna que la

primera, tiene lugar cuando Israel se encuentra con su Dios después de haber prevaricado contra El. Yahvé no sólo no le vuelve las espaldas, sino que le muestra su rostro más bondadoso y comprensivo.

Esta es la revelación del nombre de Yahweh en dos contextos histórico-literarios distintos: antes de emprender Israel la hazaña de liberarse de la esclavitud y después de experimentar su pequeñez y traición a su Dios. Yavhé es el mismo: firme en su presencia salvadora y fiel, sobre todo en su bondad y amor hacia los hombres, aun pecadores. Se trata de descripciones necesariamente antropomórficas, usando nuestro propio lenguaje, pero usándolo selectiva y adecuadamente. Dios no cabe en nuestro lenguaje y categorías. Es mucho más que todas ellas; cuando internamente nos dirigimos a El, tendremos que concebirlo como algo indecible, inefable; pero cuando hablamos con El, cuando necesitamos introducirlo en el mundo de nuestros sentimientos y estados religiosos, nos guiarán las descripciones e imágenes usadas en el A.T., las que acompañaron a tantos hombres en sus peregrinaciones, les dieron fuerza, consuelo y esperanza en el dolor y en la confesión de sus almas pecadoras, pues "todo aquel que invoque el nombre de Yahvé será salvo", como dice el profeta Joel (3,5).

### **Jesús y la revelación de Yahvé**

Como indiqué al principio de esta charla, frente a esta descripción-revelación de Dios, las páginas del A.T. recogen otras imágenes en las que, apelando a la promesa de una tierra por conquistar, se concibe a Yahvé como "Dios-Sebaôt", Dios de los ejércitos, Dios guerrero que condena al exterminio a los enemigos de Israel; o, apelando a la ira de Yahvé por los pecados del pueblo y a la justicia retributiva de la Alianza (si cumples la Ley, tendrás toda suerte de bienes; si la quebrantas, males), se presenta a un Dios "celoso", implacable con los transgresores, hasta la pena de muerte ("debe morir") por sus delitos y hasta la invasión de los reinos de Israel y Judá por asirios y babilonios, destrucción de sus ciudades, aniquilamiento y destierro colectivo de sus habitantes, etc. Hay que confesar que esta imagen de Dios es la más extendida en el A.T. y que atraviesa incluso la predicación de los profetas

que ven todos los acontecimientos humanos desde este punto de vista de la retribución terrena de Dios: "hemos tenido una victoria, señal de que Dios está con nosotros; hemos sufrido una derrota, Dios nos ha castigado por nuestros pecados".

El pueblo de Israel no hizo síntesis alguna de estas imágenes o concepciones contradictorias acerca de su Dios. Las aceptó alternativamente, al parecer sin mayor dificultad y las vivió según las fases de su historia o las tendencias preferidas de teologías tan distintas. Fue necesaria la predicación de Jesús, su palabra y su vida, para discernir entre estas páginas veterotestamentarias tan diversas la revelación de Dios, garantizada por él, de lo que no es sino proyección sobre Dios de las concepciones humanas acerca de los acontecimientos terrestres, de nuestra idea sobre la justicia, de nuestros sentimientos pasionales de venganza, etc.

Por ello, a pesar del apremio del tiempo que ya he consumido, permítanme una brevísima alusión a Jesús de Nazaret. Podemos afirmar con toda certeza que Jesús fue condenado por las autoridades religiosas de su pueblo como blasfemo del nombre de Dios y como profeta falso según los cánones veterotestamentarios, es decir, como profeta que "conduce al pueblo hacia otro Dios distinto del de la Ley"; una ley cuyo cumplimiento más o menos perfecto constituía el baremo clasificatorio de aquella sociedad escalonada desde los "perfectos", los "puros"... hasta "este pueblo de la tierra ignorante de la Ley", despreciado por todos los grupos superiores. Que Jesús hablara de un Dios que se acerca también a estos últimos, ignorantes, marginados, pecadores, a quienes acoge y perdona, está muy claro. Y la prueba mejor de que Dios los acoge es que Jesús se rodea de ellos, los visita, come con ellos, etc. (cf. Mateo, la Magdalena, Zaqueo, etc.), lo que dará pie a aquella frase con la que se pretendió herirle: "es un comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores", o aquella otra: "Si éste fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que le está tocando". Otra muestra de que Dios es el Dios del perdón (*hannûn we rahûn*) es que, según Lucas, Jesús le presenta como el que perdona a aquellos que a los ojos de los hombres menos podían esperar el perdón: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" y "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Jesús mismo muere poniendo su confianza en Dios, su

Padre, en ese Dios que él sabe que "ha estado, está y estará con él", incluso en la cruz, donde la mirada del hombre no descubre ni rastro de Dios; donde si -a juicio del hombre- estuviera Dios, estaría esclavando a su Hijo y bajándolo de la cruz, y donde, sin embargo, está al parecer inactivo, dejando morir al inocente a manos de los impíos. Aun después de dos mil años de cristianismo, no acabamos de comprenderlo: Dios "está" con el que sufre por la justicia, no aniquilando al injusto, sino dando fuerzas al inocente para sufrir hasta la muerte, sufriendo El mismo con el justo. Pero que Dios estuvo con Jesús, injustamente crucificado y muerto, lo muestra el hecho de que lo exaltó a su derecha, en su gloria, y le concedió el nombre sobre todo nombre, el de Señor: *Kyrios*, traducción griega del nombre de Yahvé.

Jesús es *El Señor*. Por eso, antes de su subida definitiva al Padre no promete otra cosa -según San Mateo- a quienes le siguen que lo que significa el nombre de Yahvé: *"Yo estoy y estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos"*. Estaba, está y estará con nosotros aunque no le veamos, aunque parezca estar ausente; estará en nosotros y con nosotros dándonos fuerzas, intercediendo por nosotros, padeciendo hambre con los hambrientos y sufriendo con los perseguidos por causa de la justicia. Esta es la gran promesa de nuestro Dios, su nombre: *"Yo estaré contigo como Dios bondadoso, clemente, fiel en el amor, con toda la fuerza interna de mi ser y con toda la libertad que mi transcendencia exige"*

### ¿Yahvé o Jehová?

Una curiosidad, para acabar. En nuestra infancia, en la mía al menos, no decíamos Yahvé, sino Jehová, refiriéndonos al Dios del A.T. La razón o explicación del cambio es la siguiente.

Los hebreos, como los israelitas actuales, escribían sin vocales (las vocales se introducen en el texto bíblico a partir del siglo VII de nuestra era, para asegurar la lectura de palabras cuyas consonantes pudieran dar lugar a varias lecturas). Como el nombre de Yahweh es inefable y, por tanto, no se puede pronunciar, cuando aparecen en el texto sagrado las cuatro consonantes del nombre divino, YHWH, hay que pronunciar otro nombre. Se eligió el nombre de *A/Edonay* (que significa

"señor"). Para recordárselo al lector, los vocalizadores del texto hebreo consonántico e intocable, a las consonantes YHWH (o mejor, JHWH, según la transcripción germana entonces en boga) interpusieron las vocales de 'a/*edonay*, es decir, en el caso de Y o J, e, en lugar de a y las restantes o y a, dando como resultado el nombre híbrido de *YeHoWaH* o *JeHoVaH*, o vulgarmente *Jehová*. Se trata, pues, de una lectura mixta. Pero lo importante es siempre la significación religioso-teológica del nombre inefable de Yahvé, ese *Dios que con la absoluta fidelidad y libertad de su ser está con nosotros, con su bondad y clemencia que trascienden todo nuestro humano pensar*.